

## **El Cuerpo y la Sangre de Cristo A/2014**

Las lecturas de esta solemnidad nos traen en el centro de lo que hace la esencia de nuestra vida cristiana, es decir, la Eucaristía. La solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo que celebramos hoy está basada en lo que Dios hizo para el pueblo de Israel hace muchos años.

De hecho, cuando el pueblo de Israel moraba en el desierto, disminuido por el hambre y la sed, Dios vino a su rescate con el milagro de maná y agua. La razón por la cual Dios les dejó recorrer cuarenta años en el desierto fue con el fin de enseñarles que no sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios.

En esta perspectiva, es absolutamente claro que Dios quiso que se dieran cuenta de que su supervivencia dependía solo de él y no de alguien más o de algo más. Por eso, Moisés les impuso que no olvidaran al Señor su Dios que les sacó de Egipto y les protegió contra los desastres naturales y las calamidades.

Lo que aprendemos de este texto es que nuestra supervivencia y nuestro éxito dependen solo de Dios. Por supuesto, somos responsables de nuestra vida y de nuestro futuro. Es también verdad que si no hacemos nada a fin de tener éxito en la vida, nadie lo hará para nosotros. Sin embargo, hay una verdad que deberíamos aprender de nuevo hoy, es decir que, aún donde hemos trabajado mucho, el éxito es posible sólo cuando Dios nos ha bendecido. Como el Salmo 127 dice, nunca deberíamos olvidar que si el Señor no construye una casa, es en vano que los constructores trabajen; si él no guarda una ciudad, es en vano que las guardias guarden la ciudad.

Esa dimensión de un Dios cariñoso y salvador es detrás de esta fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo. De hecho, al instituir la solemnidad del Cuerpo Christi, la Iglesia quiere enseñarnos que es Jesús que nos da la vida y nos sostiene en la vida. Como San Juan dice en el Evangelio, Jesús es el pan vivo que ha bajado del cielo. El que come de este pan vivirá para siempre y el pan que él da es su carne para la vida del mundo.

Estas palabras de Jesús eran muy difíciles de entender por la gente de su tiempo, así como por algunas personas de hoy. Sus compatriotas se preguntaban como Jesús podría darles su carne para comer y su sangre para beber. En vez de corregir su discurso, Jesús hasta lo hizo más difícil repitiendo que a menos ellos coman su carne y beban su sangre no podrán tener vida eterna.

Tales palabras no significaban un alimento espiritual que Jesús daría a sus discípulos o Jesús usaba una lengua simbólica, como unos pretenden decir. Una meditación seria de este texto muestra claramente que hay una identificación entre el pan que Jesús da y su propia carne. El pan que da, da la vida del mismo modo como lo hace a su persona. Esto es lo que los Judíos han entendido y por eso, comenzaron a discutir sobre sus palabras.

Recordemos, sin embargo, que cada vez que Jesús fue mal interpretado, directamente corrigió a sus oyentes, como en el caso de la muerte de Lazaro de quien los discípulos pensaban que estaba durmiendo. Otro ejemplo es el de Nicodemo que se preguntaba cómo podría nacer de nuevo cuando Jesús hablaba del bautismo en el espíritu.

El silencio de Jesús, a la discusión de los judíos en este caso, muestra que deseaba que tomaran su discurso literalmente. Esto es verdad, porque según la antropología hebrea, carne, cuerpo, o sangre significa la persona entera y no una parte de ella. Entonces, entendemos por qué Jesús dice que “el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida

eterna y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”.

En ese sentido, el punto de la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo es de recordarnos que Jesús está completamente, y de un modo misterioso, presente en la Eucaristía. El pan y el cáliz que ofrecemos en el altar durante la Eucaristía son realmente el cuerpo y la sangre de Cristo. Jesús nos se da en el pan Eucarístico y el cáliz en el altar. Cuando recibimos el pan y el vino consagrados, recibimos el cuerpo y la sangre de Jesús.

Para que Jesús esté completamente presente en el pan y en el vino de la Eucaristía, el puede decir, “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él”. De este modo, al recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, nos hacemos unos con él y somos unidos con él quien nos alimenta de manera que podamos tener vida eterna. Al mismo tiempo, para que Cristo a quien recibimos en la Eucaristía este vivo, Jesús da vida a nuestro cuerpo también de modo que aun muramos, viviremos con él.

Además, cuando celebramos la Eucaristía, celebramos esta presencia misteriosa del Señor entre nosotros y en medio de nuestra comunidad. Al compartir el cuerpo y la sangre de Jesús en la Eucaristía, participamos en el misterio de su vida que nos ha ofrecido en la cruz para nuestra salvación. Por eso, la Eucaristía conviene en todos los tiempos, en todos los espacios y a todas las generaciones.

La Eucaristía realiza la comunión con nuestro señor Jesús y con nuestros hermanos y hermanas. Tiene un doble sentido, es decir, hacer el sacrificio de la cruz presente en el tiempo y mantener nuestra unión con Cristo a través nuestra unidad con nuestros semejantes. Como San Pablo dice, “el cáliz de la bendición con el que damos gracias, ¿no nos une a Cristo por medio de su cuerpo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque todos comemos del mismo pan.”

Como llegamos juntos a la misma mesa para recibir el cuerpo y la sangre de Jesús, pidamos que Dios nos ayude a unirnos uno con otros como cuerpo de Cristo. Abramos nuestros corazones para recibir dignamente a Jesús que se da como alimento en la Eucaristía. ¡Que nos de su vida cuando le recibimos! ¡Que Dios los bendiga a todos!

### **Deuteronomio 8, 2-3. 14-16; 1 Corintios 10, 16-17; Juan 6, 51-58**



Fecha de la Homilía: el 22 de Junio 2014  
© 2014 – Padre Felicien I. Mbalala, Ph. D, STD  
Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)  
El nombre de Documento: 20140622homilia.pdf